

EL CONFECCIONADOR DE DESEOS

PREMIO «CHIHUAHUA» DE LITERATURA

EL CONFECCIONADOR DE DESEOS

por

Aniela Rodríguez



Chihuahua
Gobierno del Estado



Instituto
Chihuahuense
de la Cultura



CONACULTA

*F*ICTICIA

MÉXICO
2015

EL CONFECCIONADOR DE DESEOS

d.r. © Aniela Rodríguez

d.r. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

d.r. © Instituto Chihuahuense de la Cultura

En portada: ????????

Primera edición: enero 2015

GOBIERNO DEL ESTADO DE CHIHUAHUA

Lic. César Horacio Duarte Jáquez

Gobernador Constitucional

Dr. Marcelo González Tachiquín

Secretario de Educación, Cultura y Deporte

INSTITUTO CHIHUAHUENSE DE LA CULTURA

Mtro. Sergio Reaza Escárcega

Director

Lic. Gonzalo R. García Terrazas

Atención a creadores

FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Rodrigo Toledo Crow

Diseño del libro: Armando Hatzacorsian

Cuidado de la edición: Mónica Villa

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

Sierra Fría 220, col. Lomas de Chapultepec, C.P. 11000, México DF

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI

(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

ISBN: 978-

Impreso y hecho en México

CONTENIDO

<i>THIS IS JUST TO SAY</i>	11
INTERLUDIO	15
OMISIÓN DE UNA CAÍDA	21
LAS PAREDES DEL GRITO	27
HISTORIA DE UN DILUVIO	35
<i>SPLEEN</i> DEL FUGITIVO	41
EL CONFECCIONADOR DE DESEOS	47
EL HILO MÁS DELGADO	53
EL TERCER OJO DE DIOS	61
<i>ROT, IN HELL, HOLMES</i>	69
‘32	77

Yo, que no fui capaz de bajar de este barco,
para salvarme me bajé de mi vida. Escalón a
escalón. Y cada escalón era un deseo. A cada
nuevo paso, un deseo al que decía adiós.

ALESSANDRO BARICCO, *Novecento*

THIS IS JUST TO SAY

*This is just to say
I have eaten
the plums
that were in
the icebox.*

WILLIAM CARLOS WILLIAMS

De un lado estaba él, Abundio, y del otro estaba yo, Marcela. De un lado él, Abundio, dibujaba extraterrestres en su taza de unicel, y del otro yo, Marcela, perforaba con los dientes hasta lograr hacer un hueco por donde el café se escapara cada vez que diera un sorbo. Teníamos tres años de haber compartido desayunos juntos, y él, Abundio, seguía dibujando arañas patonas en la textura clara de los vasos desechables. Yo, Marcela, aún dejaba las llaves tiradas en los sillones cuando volvía del trabajo para encontrarme que tú, Abundio, habías rasgado las cortinas y habías pintado las paredes con la tinta de los pulpos de la cena y te habías metido un tenedor en el agujero de la oreja y que tú, Abundio, otra vez te habías desgarrado las manos pegándole al espejo.

El caso es que yo, Marcela, esperaba encontrarme un día sola frente a la mesa del té para poder sentir que tú, Abundio, me abandonabas poco a poquito y luego volvías para darme un beso lleno de saliva que me manchaba la cara y con el que tendría que volver a maquillarme y con el que

te diría a ti, Abundio, que eras un animal rabioso o un bichito nocturno o un perro que parece más bien gato o yo qué sé. El caso es que tú, Abundio, habías dejado de esperarme frente a la televisión, dejándole más bien a la suerte eso de los cariñosos lengüetazos y empezabas entonces a hacer cosas estúpidas como correr por la casa gritando que querías ser un pez de agua clara o que estabas harto de comer siempre lo mismo; y luego tú, Abundio, terminabas quitándome las pastillas y te metías siete en la boca y decías “estoy bien, Marcela, mi mundo no termina aquí. Marcela, te estoy abandonando”.

Es por eso que yo, Marcela, he comprado vasos de unicel pretendiendo que ha desaparecido la vajilla de porcelana. Es por eso que tú, Abundio, has dejado de tomarte las pastillas y sientes que un cuervo te persigue por las noches, queriendo picotearte los pies. Yo, Marcela, recuerdo haberte sacado a la calle a tomar un helado; tú, Abundio, seguro no recuerdas haber salido a la calle a estamparte una bola de catastrófica nieve de cereza entre los pies rígidos, ser la confitería ambulante de la Bolívar con las miradas regordetas señalándote a ti —mi Abundio— a través de aparadores y tintorerías. Y que nunca entenderás que ese olor a naftalina no escapa de tu helado, Abundio, que por más intentos que hagas jamás dejaré de ser un extraterrestre que dibujas en la sopa de fideos y en el café de los domingos, y que nunca volveremos a darnos un beso de las buenas noches sin que tu cuello se retuerza como un trapo mojado y deba yo acomodártelo poco a poquito, Abundio, descocado que restriega en las paredes su cuerpo de pollo a media horca.

Marcela y Abundio. Abundio y Marcela. Veintinueve años de edad y tres de un matrimonio que más bien podría traducirse en un mes de celibato y otro de irreverente sexo desfogado, y así sucesivamente hasta que pierdo la cuenta, y

tú, Abundio, otra vez eres un animal rabioso necesitado de pieles y de gritos y de uñas enterradas en la espalda y de...

Abundio: esta carta es sólo para decirte que hoy no he comprado más ciruelas. Que estoy cansada de que aparezcan hechas nudo entre el abanico y luego exploten entre las paredes. Que ya no puedo más con este regadero de colores y de frutas y de moscas y de ciempiés brincándonos por las piernas, gritándonos que el abandono es un pulpo en su tinta estrellado en las paredes.

Abundio y Marcela. Abundio.

Es por eso que Marcela, está decidido, tome siete pastillas cada mañana y encuentre la forma de dibujar extrañas criaturas que emergen del rugoso unicel de los vasos del desayuno y tal vez estampe los rosetones del helado de fresa en las escaleras de los parques y aleje su lacia mano como una marañita de la que empiezan a salir enormes y peludas patas negras, y mire sus piernas y sienta los perplejos espejitos de las moscas que revolotean entre los cabellos y se clave unos alfileres en las manos para sacarse el exceso de aire de entre los huesitos para que tú puedas quererla, Abundio, para que tú puedas jugar a amarla o a sacarte de encima las ganas y romperle un beso ensalivado entre las pestañas donde pueda ahogarse sin temor a que las pirañas vengan a comérsela.

Primero fue el polvo y luego fueron los hombres. Primero Dios creó a los animales y luego los frutos, y luego la tierra, y luego el fuego, y luego el aire. Y luego las grandes mentes, y luego el oxígeno. Y luego las bombas atómicas, y luego los vasos de unicel, y luego mis manos, que se entieñan en las tuyas como migalas excitadas, que van creciendo de entre los nudillos para hacer un dibujo donde esté el universo y esté la vida y esté el aire y esté la tierra y esté Abundio... ¿estás escuchándome, Abundio?

INTERLUDIO

Dalita no conoce las ojeras, y lo difícil del asunto es que ya nadie está cansado: tuvimos que aprenderlo a golpes tras dos años de matrimonio. “Las pesadillas no son cosa de juego”, dice ella. Dalita, mujer obstinada, joven y caprichosa, es el montón de huesos que mis dedos escogieron de entre todas las desabridas muchachas de este descorazonado pueblo que apenas sabe cubrirnos las cabezas. Hemos aprendido con el tiempo a vivir a expensa de un horario resquebrajado y poco consistente: que si Dalita despierta con ganas de tomarse un té en mitad de una madrugada de invierno, la mujer edifica la premonición de que uno va a estar para llenarle la tetera una vez y las que vengan; que si mañana descubre un coágulo en el dedo medio del pie izquierdo, uno va de nuevo a tomar la carretera y llevarla al sanatorio.

Lo difícil del asunto es que ya nadie está cansado: Dalita y sus obsesivas manos han aprendido a romper el tiempo por vivir sin demorar al mundo. Duerme poco tras las noches de inciertas celebraciones y habla mucho cuando no hay nada qué decir: hay días que siento no soportarla, y me da la vida para aventarla a un pozo lejano a saber qué hará cuando se encuentre así del precipicio. Eso es, Dalita: aventarte a un risco de matorrales con espinas y cortarte los pies para toda la vida, ahogarte en un río donde las

«EL CONFECCIONADOR DE DESEOS»

DE ANIELA RODRÍGUEZ

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 15 DE ENERO DE 2015 EN LOS
TALLERES DE EDICIONES M Y M, S. DE R. L. DE C. V. CONRADO
PELAYO NÚM. 33 COL. TLÁHUAC, MÉXICO, D.F. C.P. 13200.

EL TIRAJE FUE DE 1000 EJEMPLARES.